

Sí, los últimos, por desgracia.

El volcán no dejaba oír aún sus roncós bramidos, sus truenos pavorosos.

Aquella mesa servida por el gusto y adornada por el lujo estaba sobre un volcán: ninguno de los convidados adivinaba que ponía los pies sobre un cráter.

Los emperadores y los reyes estaban afilando en la sombra el cuchillo que iba á desgarrar el manto de púrpura de la infeliz nación.

Polonia no tuvo, como Jerusalén, su profeta que le dijese:

—“¡Vuelve tus ojos al Señor!..”

En cambio, el viajero debía decirle á la vuelta de pocos años, parodiando á Jeremías:

“¡Sola está y abandonada la ciudad reina de ciudades!

„Sus plazas se ven desiertas, y sus matronas cubren sus cabezas con ceniza..”

---

El banquete terminó á las nueve.

La corte entera se trasladó á los jardines de palacio, donde se sirvieron dulces y helados.

El príncipe y el marqués se retiraron á un cenador para conversar de su manía eterna:

El Oriente.

Ninguno de los dos se sentía bien.

El marqués habia bebido de una manera copiosa; y aun cuando mantenía el equilibrio, sentía que en su

mente las ideas no se presentaban en un orden correcto, siendo preciso que recurriese á los helados á ver si lograba despejarse.

Entre los jazmines y el lúpulo que cubrían la armadura de hierro del cenador, por la parte de afuera, espiaban sin ser vistas, la reina madre, las princesas María Amalia y Federica y el doctor.

A las primeras las dominaba la ansiedad; Estrañi estaba tranquilo.

Aquella era la segunda parte de su plan.

Desde allí se oía cuanto en el cenador se hablaba, pero seguramente no era éste el objeto que había encaminado sus pasos.

El príncipe se dejó caer sobre un sillón forrado de ramas gruesas de árbol, y pasándose la mano por la frente, exclamó:

—¡Es particular!... ¡Se me arde la cabeza!

—Eso no tiene nada de extraño despues que se ha comido bien y se ha bebido mejor,—contestó el marqués, tomando el quinto sorbete.—Tampoco mi estado es el más envidiable... Los vinos de palacio son de noble alcurnia.

—Es que nunca me he sentido como ahora. Un sueño extraño hace que mis párpados se cierren como si fueran de plomo...; la sangre me hormiguea, y parece que mis articulaciones van á ceder al peso del cuerpo...

—¡Dios mío!—exclamó en voz baja la princesa Federica.

Estrañi la dirigió una mirada, como recordándola que debía guardar silencio.

El marqués contestó á su discípulo:

—Yo experimento los mismos síntomas, y sin ningún esfuerzo, y aun contra mi voluntad, voy á quedarme dormido; pero creo que todo esto desaparecerá con el helado. Se lo recomiendo á vuestra alteza.

El príncipe abandonó su asiento y comenzó á pasear por el cenador, aunque con trabajo, y teniendo á veces que apoyarse en el respaldo de las sillas rústicas.

Entre tanto, el marqués decía, con voz cada vez más torpe y pausada:

—Sí..., es una pesadez extraña...; parece que le ponen á uno ligaduras que le impiden moverse...; sin duda hemos bebido demasiado... En esto no imitamos gran cosa á los orientales, á quienes nos proponemos por modelo...

—Imítame, Juan...

—¿Quereis que pasee?

—Sí; el aire de la noche nos despejará.

—¿Y por qué despedir al sueño cuando viene á visitarnos? ¿No sería mejor que vuestra alteza ocupase ese otro sillón, y durmiésemos aquí un par de horas?

—¿No ves que echarán de menos mi presencia?

—¡Bah! Cuando uno falta al final de un banquete, ya suponen los demás comensales lo que puede haber sucedido.

—¿Crees que estoy ebrio?

—No; á fé mía, porque veo lo contrario...; y aunque lo creyera, por respeto me reservaría mi opinión.

—¡No puedo más!—contestó el príncipe sentándose.  
—Durmamos, es lo mejor...

—Sí... durmamos... No podría impedirlo aunque quisiera.

---

No habían pasado dos minutos cuando el príncipe y el marqués cedieron al sueño que hacía entornar sus párpados.

En aquel momento entraron en el cenador las augustas damas, seguidas de Roberto Estraña, que las decía:

—No hay que asustarse: este sueño acabará al cabo de doce horas...; ya puede vuestra majestad avisar á los criados que han de conducirlos al carruaje.







## CAPITULO XCVII

---

En pleno Oriente.



UANDO un hombre abusa de los placeres de la mesa, y permite que la gula abra la puerta al exceso, duerme mal.

Su sueño es pesado é inquieto, y está lleno de visiones que le turban.

Esto es ocasionado por los vapores del estómago que envía al cerebro una digestión trabajosa.

El estómago trasuda como el obrero á quien dan un trabajo superior á sus fuerzas.

En tal situación, cuando el hombre despierta, le cuesta supremos esfuerzos el poner en orden sus ideas, y para buscar aquella que ha de explicarle su estado, necesita removerlas todas.

Algo parecido le sucedió al marqués de Spolletto.

Abrió los ojos, y por la intensidad de la luz comprendió que estaba ya avanzado el día.

Acaso había pasado la hora en que acostumbraba ir á palacio: el príncipe debía estar impaciente.

Pero le tranquilizó la idea de que á su alteza, lo mismo que á todos los convidados al banquete, les pasaría lo mismo.

Sin embargo, se incorporó, apoyando su cabeza en la palma de la mano derecha.

Al tender una mirada por la habitación experimentó cierto asombro.

No estaba en su casa: tal vez no había salido de palacio, donde debió vencerle el sueño, y el príncipe ordenaría que le trasladasen á alguna de sus habitaciones.

Pero no.

Juan Jorge las conocía todas: aquella estancia no pertenecía al departamento ocupado por el príncipe.

Otra nueva sorpresa.

Tampoco estaba en la cama.

Había dormido sobre cojines de terciopelo, cubiertos con pieles de tigre y de pantera.

¿Qué significaba aquello? ¿Dónde estaba?

Examinó la estancia con más detenimiento.

Era un pequeño gabinete ochavado; el mobiliario se reducía á escaños de terciopelo, cojines de raso, y... nada más.

En el suelo había extendida una rica alfombra de Persia.

Pájaros de pintadas plumas saltaban en una jaula dorada, y por las entreabiertas ventanas penetraban las ramas de los limoneros, cargadas de amarillo fruto.

En un ángulo del gabinete, un pebetero quemaba sustancias olorosas.

A causa de la semejanza que había entre una y otra, recordó la estancia que él mismo mandó disponer para la falsa mora de Fez.

Pero aquello era otra cosa; tenía su explicación, con la cual no daba en aquel caso.

¿Qué habitación era aquélla? ¿A quién pertenecía? ¿Quién, y por qué motivo le había llevado allí?

La mente del marqués era un mar de confusiones, y no se daba ninguna respuesta lógica á tantas preguntas.

Verdaderamente asustado se puso en pie.

Pero aun le quedaba otra sorpresa nueva, monumental, épica, un logogrifo cuya respuesta no le darían todas las sibilas de la Grecia, ni todos los dioses de Roma, que eran muchos.

Sintiendo en el cuerpo cierta cosa incomprensible, echó una mirada sobre su persona, viendo con asombro...

¡Cosa inaudita!...

El marqués de Spoleto envolvía sus *aristocráticas* formas en unos anchos calzones de finísima lana blan-



ca que le bajaban hasta la mitad de la pantorrilla, y su cuerpo en una rica chaqueta de terciopelo bordado de oro, bajo la que había un chaleco de seda azul, con brillante botonadura de plata.

Ceñía su cabeza un turbante de merino, y su talle un riquísimo chal de Cachemira.

Era un moro completo.

Su estupefacción no tenía límites: apenas se atrevía á andar, temiendo tropezar consigo mismo, pues se suponía otro que no era el marqués de Spoletto.

De pronto lanzó una carcajada, y pareció tranquilizarse.

Suponia que estaba en Viena, y que preparándose para el baile de trajes, donde vistiera el de cadí, se había quedado dormido.

—Sí, eso es,—dijo.—¡Qué imbécil soy!... Sin embargo...

Y desechó aquella idea, acordándose de su viaje á Varsovia, de sus paseos con su discípulo y del banquete oficial á que había asistido la noche anterior.

—Recuerdo que comí mucho, y bebí más,—decía, poniendo en orden sus ideas.—Luégo bajé al jardín con el príncipe..., tomé algunos helados, y me quedé profundamente dormido... ¡Dios mío, estaré borracho todavía!... ¡Pero de cualquier modo, yo vestía mi traje habitual, y no éste que llevo... por voluntad de no sé quién!...

Para orientarse, se asomó á la ventana.

A sus ojos se extendía un jardín árabe, con sus



plantas tropicales, sus graciosos bosquecillos, y sus lindas fuentes, encargadas de mantener siempre fresco el aire.

El aroma de los nardos le trastornó, haciéndole retirarse prontamente.

El marqués llegó á creer que estaba loco, y que aquello que creía ver, sólo existía en su imaginación, que todo era una aberración de sus sentidos trastornados.

De pronto interrumpió el silencio una voz fuerte, que con cierta canturía recitaba algunas palabras en árabe.

Juan Jorge dió una fuerte patada en el suelo.

Como si aquello hubiera sido un llamamiento, apareció en la puerta un atezado moro, quien en mal francés le preguntó:

—¿Qué necesita el cadí?

—¡Yo cadí!—exclamó el marqués retrocediendo.

Aqué! replicó:

—Si no te hago falta para nada, permite que me vaya, pues el muedén llama á los creyentes á la oración.

—¿Es ese hombre que grita?

—Sí; pero habla de él con más respeto.

—Pero ¿dónde estamos?—preguntó el marqués, perdiendo ya los estribos.

El moro se echó á reir sin contestar, enseñando unos dientes que parecían de marfil.

—¡Cómo, pícaro! ¿No me respondes?



—¿Conque después de diez años de residencia aquí, me preguntas que dónde estás?

—¿Que yo llevo diez años aquí!

—¿No recuerdas que viniste de la regencia de Túnez para dirigir la educación del joven príncipe, y que, una vez terminada, te hicieron cadí de esta población?

—Pero ¿qué príncipe? ¿Uladimiro?

—No, Alí.

—¿Y este pueblo?...

—Pertenece al imperio de Marruecos, de donde es sultán el gran Mahomed, padre de Alí.

—¡Dios de Dios!—exclamó el marqués, que apenas podía expresar sus ideas.—¡O yo estoy loco, ó este tu- no está borracho!

En esto se oyeron algunas voces en el exterior.

Era la voz del príncipe Uladimiro, que juraba y maldecía.

—¡Por aquí, señor!—gritó el marqués, saliendo al encuentro.

El príncipe apareció por fin, y uno y otro quedá- ronse asombrados de nuevo.

Aquél también vestía un rico traje oriental.

—Juan, ¿qué es esto?—preguntó Uladimiro en el col- mo de la sorpresa.

—Señor, si me lo dijerais, me otorgaríais un gran favor.

—¿Dónde estamos?

—¡En el imperio de Marruecos, del que es sultán vuestro padre el gran Mahomed!

—Eso oigo repetir desde que he abierto los ojos.

—Vos sois el príncipe Alí, y yo cadí de este pueblo.

—¡Pero marqués!...

—¡Qué queréis que os diga, señor! No puedo negar lo que me pasa, por más que no acierto á explicármelo.

—He llamado á mi madre, á mi prima Amalia..., ¡todo en vano!...; al contrario, esos bigardos se han reído de mis voces, diciendo que iban á dar parte á mi padre de mi locura.

El marqués se puso á temblar como un azogado. Después replicó:

—¡Si tendrán razón!... ¡Si nos habremos vuelto locos!

—¡Calla!

—¡Si habremos soñado que somos lo que creemos haber sido, y, en realidad, el príncipe Uladimir de Polonia y el marqués de Spoleto estarán lejos de aquí!

—¿Te has propuesto dar al traste con mi razón?

—¡Pues por fuerza hemos de explicarnos de algún modo lo que aquí pasa! Lo cierto es que no estamos en Varsovia..., y que la vegetación de este jardín parece africana, lo mismo que lo que nos rodea.

—Ven, salgamos de aquí; recorramos esta casa en busca de algún indicio que nos oriente.

---

En efecto, los dos recorrieron aquella mansión, que era pequeña.



Parecía una encantadora residencia de verano, en cuyas salas el gusto oriental había depositado sus bellezas.

Nada más lindo que aquella jaula rodeada de verdura.

Pero no encontraron al paso ninguna cara conocida; respetuosos criados árabes, dispuestos á obedecer el menor de sus caprichos.

Salieron al jardín por un lindo kiosco que servía de puerta á la casa.

El jardín la rodeaba por sus cuatro fachadas: estaba cerrado por altas tapias, según la usanza mora.

Reinaba en él un silencio de catedral sin culto, interrumpido por el trinar y los gorjeos de las aves.

Por doquier se tropezaba con frondosos bosquecillos y frescos cenadores, donde no penetraban los rayos del sol.

El ambiente embalsamado era un huésped eterno.

De pronto interrumpió aquel paseo una pequeña plazoleta, con una fuente de mármol en el centro, donde había surtidores que ofrecían bien combinados juegos.

Pero no era esto lo que llamó su atención.

Al pie de un sicomoro había una hermosísima mujer tañendo la guzla.

El príncipe se quedó arrobado ante tanta belleza, mientras que el marqués decía:

—¡Es particular! ¡Yo he visto á esta mujer en alguna parte!



—¡Avancemos!—exclamó aquél, uniendo la acción á la palabra.

En aquel momento el príncipe no se acordaba más que de lo que tenía delante, sin pensar en lo extraordinario de la aventura.

La mora, al verle, hizo un ademán de disgusto; sin embargo, en sus labios brilló una sonrisa.

—Permitid, señora, que me postre ante vuestra hermosura,—la dijo el príncipe, adoptando un ademán galante.

—¡Señora!—contestó ella.—¿Por qué me tratas con esa ceremonia? Antes me llamabas tu “querida Haxima.”

—¡Yo os he visto antes de ahora!

—¡Yo sí que la he visto, aunque no recuerdo dónde!—exclamó el marqués en voz baja.

Ella replicó, dirigiéndose al príncipe:

—¡Muy desmemoriado te has vuelto, Ali! ¿No recuerdas que nos conocimos en la corte de tu padre, siendo yo su esclava favorita, la única que despertó su corazón?

—No.

—¡Qué dices!

—La verdad.

—¡Ingrato! ¡Así pagas lo que he hecho por ti..., por tu amor!... porque yo te idolatraba, creyendo que era correspondida...

—¡Señora!...

—¡Otra vez! Llámame Haxima, como antes.

—Pues bien, Haxima, ¿qué favores te debo yo?

—¡Alá!... ¡y me lo pregunta el ingrato!... Yo entré en el harén de tu padre, que me compró á un judío de Túnez. Bien pronto se apasionó de mis encantos. Pero yo no podía amar al viejo Mahomed, estando tú á su lado. Tú me requeriste de amores, y yo te correspondí, aun cuando arriesgaba mi cabeza, pues tu padre es de una crueldad sin ejemplo; y yo supe que dos años antes diezmó su harén porque sus mujeres hicieron buena acogida á un cadí de sus estados que se permitió entrar en él.

—¡Jesús, María y Jose!—exclamó el de Spoleto, echando su mano al cuello, como sintiendo en él el mortífero cordón de seda.

Haxima prosiguió:

—Sin embargo, te amé, haciendo traición á mi dueño, mintiéndole besos que te dedicaba á ti: nos veíamos con muchas precauciones, porque el harén está siempre cercado de espías.

Cansado de aquellos obstáculos que impedían nuestra dicha, me juraste por el Profeta que bien pronto cesaría aquel estado de cosas.

Tu plan, que me comunicaste, y que mereció mi aprobación, era sublevar á los genizaros y moros de rey, ceñirte la corona del imperio y hacer que tu padre terminara sus días en oscura prisión.

—¡Cáspita!—interrumpió el marqués, apartándose de su discípulo, como si fuera verdad todo aquello.

—Tu padre,—prosiguió Haxima,—descubrió el

complot, cortó la cabeza á los más comprometidos, desterrándote á esta residencia, bajo la inmediata vigilancia de su cadí.

Y señaló al marqués, que no pudo menos de exclamar:

—¡Esta infeliz está loca, y va á dar al traste con vuestro juicio!—repuso Spoleto, dirigiéndose en voz baja al príncipe.

La sultana añadió:

—Por fortuna no pudo descubrir nuestros amores; si no, desgraciados de nosotros. Sabiendo yo dónde estabas me fingí enferma, arreglándome de modo que el sultán me permitió habitar aquí.

Llegué hace dos meses.

Me recibiste con transportes de alegría y de pasión; pero bien pronto descubrí que todo era fingido, y que tú amabas á una de las esclavas del cadí, con quien hablas todas las noches aquí mismo.

---

Esta relación hecha en tono verdaderamente apasionado, sublevó la pasión en el pecho del príncipe, embrollando al mismo tiempo las ideas del falso cadí.

—¡Yo esclavas!— exclamó.

Al mismo tiempo Uladimiro estaba próximo á arrojarle á los pies de Haxima, cuando apareció en la

plazoleta un anciano de blanca barba y de severo ropaje talar.

Al ruido de sus pasos sobre la arena, Uladimiro y el marqués volvieron la cabeza.

—¡El faquir!—exclamó la mora con terror.







## CAPITULO XCVIII

---

En preparación de las fiestas del Ramadán.



QUEL hombre avanzó acompasada y automáticamente, como marchan los cofrades de una procesión.

Todos callaron.

Cuando estuvo cerca se detuvo, exclamando con voz campanuda:

—Príncipe, hoy no has acudido á la mezquita para hacer oración, dando mal ejemplo á tu pueblo; al mismo tiempo me anuncian tus leales servidores que no preparas tu alma con el ayuno para las fiestas próximas del Ramadán. No culpo á tu mocedad, sino á la incomprensible tolerancia del cadí, que por medio de una de sus esclavas pa-

rece que se tiene sujeto, engañando la confianza que ha depositado en él el sultán tu padre.

En aquel momento el marqués no podía asegurar si era cadí y si tenía esclavas ó no: tal era la emoción de que estaba poseído.

La voz y el ademán de aquel viejo le infundían miedo.

No pasó lo mismo con el príncipe, el cual, al verse tratado como un niño indócil delante de una mujer, se volvió resueltamente hacia el anciano, diciéndole con altivez:

—¿Y qué?

Aquél avanzó un paso y contestó:

—Que es necesario que cumplas todo lo que prescribe en su ley el Profeta.

—Yo no tengo nada que ver ni con vuestro profeta ni con sus leyes.

—¡Ha blasfemado!—dijo el faquir rasgando sus vestiduras.

—¡Ha blasfemado!—repitió Haxima horrorizada.

—Por Dios, príncipe,—le dijo el marqués,—no nos comprometáis; tened en cuenta que este faquir, que parece muy tozudo, puede dar parte á vuestro padre, y que el gran Mahomed no debe estar muy contento con vos, á consecuencia de haber querido destronarle.

Uladimiro dirigió estupefacto una mirada al marqués, para convencerse de que hablaba con formalidad.

Entre tanto el faquir, poniéndole una mano en el hombro, le dijo, ya más tranquilo:

—Príncipe, quiero olvidar lo que he oído, de que sólo culpo al cadí por su falta de vigilancia.

—¡Siempre yo!—exclamó el marqués.

—Pero es necesario que vengas conmigo para que te justifiques en la mezquita.

—Yo no tengo necesidad de justificaciones.

—¡Por Dios, príncipe!... ¿No veis que este hombre la toma conmigo, y me hace responsable de vuestras culpas?

—Vé, yo te lo ruego,—le dijo Haxima con voz dulce y ademán suplicante.

—¿Me lo ruegas, Haxima?

—Sí, y hago más: lo quiero.

—Te obedezco... con una condición.

Estas últimas palabras las dijo de un modo que nadie pudiera oírlas más que la mora.

—Habla.

—¿Nos veremos luego?

—Sí, aquí mismo, á la noche.

—Pues voy fiado en tu palabra.

Y el apasionado joven siguió al faquir como un cordero.

Aquél y el marqués, en su preocupación, no pudieron ver una mirada de inteligencia que se cruzó entre la mora y el faquir.

Juan Jorge iba á seguir á su discípulo, cuando se sintió detenido por la mora que le dijo:

—Espera.

—¿Qué quieres de mí?

—Un favor inmenso...

—Ante todo, escucha: yo te he visto alguna vez antes de ahora.

—Puede ser.

—¿Has estado en Italia?

—No.

—¿Y en España?

—Tampoco.

—¿Y en Austria?

—Menos.

—¿Y en Polonia?

—Menos aún.

—Entonces...

—Pero puedes haberme visto, si has visitado alguna vez la regencia de Túnez, mi país.

—¿Nunca!...; pero repito que... puede que fuera otra mujer á quien te parezcas.

—Acaso.

—En fin, ¿qué favor es ese que solicitas de mí?

—Que me hagas el amor.

—¿Cómo!—exclamó el marqués retrocediendo al oír tan singular capricho.

—Esta noche estaré aquí á las nueve: es preciso que me esperes bajo este sicomoro, como si en realidad fuéramos amantes y nos reuniera el amor.

—¿Para que esto llegue á oídos del sultán!... ¡pardiez!

—Nada temas; aquí no hay la vigilancia que en el harén.



—Pero ¿cuál es tu intento?

—Que nos sorprenda Ali.

—¿Quién es Ali?... ¿Algún perro?—preguntó el marqués, olvidando que éste era el nombre oriental de su discípulo.

—Hablo del príncipe.

—¡Ah!... sí. ¿Quieres que nos sorprenda? ¿Con qué intento?

—Para ver si los celos le devuelven á mi amor.

—¿Quieres ensayar el despique?

—No es eso sólo lo que pretendo de ti...

—¿Qué es la otra cosa que deseas?

—Que vendas mañana mismo tu esclava Zulima, que es la que me roba el amor de Ali; yo te la compro.

Esta súplica hizo que el marqués volviera á la realidad de los hechos, creyendo que alguien los hacía al príncipe y á él víctimas de alguna grosera burla, porque no podía desconocer que él no era tal cadí ni tal moro.

Así es que, encarándose con Haxima, y mirándola de hito en hito, la replicó:

—Pero, en fin, ¿qué es lo que esto significa? ¿Desde cuándo acá tengo yo esclavas? ¿Crees que nuestra borrachera va á ser eterna?

La mora le miró con sus grandes y expresivos ojos negros; y después de un instante de admiración, le dijo:

—¡No te comprendo! Tus palabras son oscuras como algunos pasajes del libro del Profeta.

—¡Haxima!... ¿soy yo cadí por ventura?

—¡Ah! ¿Pues qué eres?

—¿Tú me conoces acaso?

—¿No te estoy viendo aquí hace tres semanas al lado del príncipe? ¿No te respetan servidores que hace diez años que están á tu lado?

—¡Dios mío! ¡Pero es esto posible!

—¿O es que quieres negar la evidencia, tomando ese necio pretexto para desairar á la pobre Haxima?

Y la mora se enjugó una verdadera lágrima.

Era tan serio y grave el acento de aquella mujer, había tanta veracidad en él, lo mismo que en la expresión de su semblante purísimo, que el marqués vaciló, exclamando por último:

—¡Pero es que el príncipe y yo estaremos locos, y nos han traído á una casa de enajenados!

—¿Conque me complacerás estando aquí á las nueve?

—Te complaceré.

—¿Te desharás mañana de la esclava?

—Primero es que yo dé con ella.

—¿No la tienes en tu casa?

—¿Cuál es mi casa?

—¡Esa!

Y la mora señaló á la residencia que acababa de recorrer con el príncipe.

—¡Ah! ¿Vivo yo ahí?

—¡Por Alá!... ¡Parece que has perdido el juicio!

—Y tal vez sea la verdad.

Haxima se levantó, y saludando á la usanza mora, se alejó, diciendo:

—¡Alá te libre de todo mal! .. Hasta luego: confio en tu palabra.

El marqués, que hubiera querido seguir á su señor, calculó que ya debía estar lejos, por lo que decidió ir á *su casa*, donde los criados le hicieron toda clase de reverencias.

Una linda esclava le presentó su pipa turca, llena de excelente y fresco tabaco.

—¡Ah, pardiez!—exclamó el marqués.—¿Será esta la esclava de quien Haxima quiere que me deshaga?

Y levantando la voz, preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

—¿Pues no lo sabe el amo, en dos años que hace ya que me compró?

—No importa, lo he olvidado.

El marqués no quiso alegar la verdadera razón, porque era cosa de armar una disputa con todo el que le saliera al paso.

—Pues bien,—contestó la esclava;—mi nombre es Zulima...

—Oye, Zulima...

—Cide...

—¿Qué es eso de cide?

—Quiere decir señor.

—¿Eres tú la que distrae al príncipe de sus deberes?

—¡Cide!...—exclamó aquélla bajando los ojos.

—¡Vuelta!



—Yo no tengo la culpa de que el príncipe se haya fijado en mí.

—Seguramente; pero si tú no le hubieras alentado con tus coqueterías, la cosa no hubiera pasado de ahí.

El coloquio fue interrumpido por la llegada del príncipe.

Uladimiro estaba furioso.

Según confesó, el faquir le había sujetado en la mezquita á mil ridículas ceremonias, que tendían á la purificación de su alma, dictándole oraciones en árabe que le habían destrozado la garganta.

—¡Los libros son unos embusteros!—exclamó en el colmo de la indignación.—Sus autores no nos pintan más que la parte florida de Oriente, callándonos la odiosa intervención que tienen en ella las mezquitas y los faquires.

—A bien que luégo se desquitará vuestra alteza con Zulima.

—¿Quién es Zulima?

—Una de mis esclavas, á quien su alteza hace el amor nocturno.

—¡Yo!

—Ella misma me lo ha confesado.

—Juan..., empiezo á sospechar que estamos rodeados de embusteros.

—Yo tambien lo creo algunas veces; pero otras...

—¿Qué?

—Dudo; especialmente cuando me habla Haxima

—¡Oh! ¡Sólo por ella he acompañado al faquir, su-



jetándome á sus ridículas ceremonias! La adoro, Juan, la idolatro.

—Pues ¿cómo ella se queja de vuestro desamor?

—¿Si no la he conocido hasta hoy? ¿Crees que es posible ver á esa criatura, y enamorarse de otra?

—No obstante, ella afirma... ¡Quiere comprarme mi esclava!... En Dios y en mi ánima, os juro, príncipe, que no sé si estamos locos, ó lo están los que nos rodean.

Previamente avisados, pasaron á la estancia destinada á comedor.

Los cojines en torno de la mesa les convidaban á echarse más bien que sentarse.

Allí Europa no había enviado ni una silla.

No hubo más remedio que imitar á los orientales.

La *comida* les fué servida por Zulima y otra esclava.

Hemos subrayado á intento la palabra.

Uladimiro y el marqués, que no habían tomado nada desde el día antes, tenían un hambre feroz, á la altura de la que reinaba en la almadía donde iban los náufragos de la *Medusa*.

Pues bien: tuvieron que contentarse con dátiles, miel, leche, y una pasta insulsa, desabrida, que sustituía al pan.

La carne era allí contrabando.

El príncipe no reparó en nada: estaba enamorado, y ya sabemos que los amantes no son glotones más que de amor.

Pero el marqués, que no tenía las mismas razones para no comer, preguntó á Zulima:

—¿Y el asado, cuándo llega?

—¿Qué asado?

—¡Pardiez! La carne de cualquier animal que pueda comerse.

—En estos días se suprime toda carne y todo pescado.

—¡Diantre! Pues nos convenía haber llegado en otros días que no fueran estos.

—Se aproximan las fiestas del Ramadán, y se nos recomienda el ayuno. ¡Bueno se pondría el faquir si supiera?...

—Pero una comida tan frugal necesita algo de vino.

—Ya sabéis que la ley sabia del Profeta nos le prohíbe.

—¡Pardiez! ¡Y llamas sabia á una ley que prohíbe el vino..., cuando en Europa es el vino el que hace que funcionen algunas leyes!

—¡Pero aquí no estamos en Europa!

—¿Conque no hay nada más?

—Nada más, hasta mañana á la misma hora.

—Pero, por la noche, alguna ligera colación antes de acostarse...

—Cuando se aproximan las fiestas del Ramadán...

—¡Diablo con tu Ramadán! Yo creo que cuando lleguen esas fiestas, los árabes tendrán que apoyarse en las paredes para andar, y que parecerán en las calles una procesión de espectros.

Y el marqués, sin considerar que estaba allí su amo, dió un irreverente puntapié á la mesa, pasando á otra habitación, sobre cuyos almohadones se tendió, llamando en su auxilio á Morfeo.

El príncipe no se apercibió de nada.

Pensaba en la hermosa Haxima.





## CAPITULO XCIX

---

Un sainete con final de drama.



El sueño es el gran antídoto contra el hambre.

Y si bien es cierto que el que duerme no come, no lo es menos que tampoco siente la necesidad de hacerlo.

El marqués, que dormía á pierna suelta, soñó que, habiendo llegado yo aquella fiesta, cuya preparación debía empobrecer los mercados de la sultanía, le era permitido comer toda clase de carnes y pescados, y que Mahoma había modificado su ley, permitiendo el uso del vino.

Y aunque en sueños, asistió á un banquete que envidiarían Lúculo, Heliogábalo y Baltasar.



En cambio Uladimiro, soñando despierto, se imaginaba á Haxima sentada á su lado, con la cabeza reclinada sobre su hombro, dándole las mayores y más dulces pruebas de amor.

No sentía en su estómago el hormigueo que atormentaba al del marqués.

El que no tiene debía enamorarse para prescindir, sin molestia, de comer tan á menudo.

El amor es un agente económico del cual no hablan los tratadistas, ó porque son gastrónomos, ó porque desconocen sus efectos.

Ya era muy de noche cuando despertó el marqués.

Su primer recuerdo fué el haber comido muy mal, por mejor decir, el no haber comido.

Después pensó en Haxima.

Nada le había dicho al príncipe de su cita con la mora, y esto seguramente no era muy correcto.

Es verdad que en aquella cita iba á representar un papel... en blanco.

Es decir, si las circunstancias no le ayudaban, porque el fatuo marqués estaba resuelto á todo.

Consolábale la idea de que su señor tomaba todas las noches la revancha con la esclava Zulima...

—¡Todas las noches!—exclamó el marqués, interrumpiendo su pensamiento y dando furioso con el pie en el suelo.—¿Acaso no es esta la primera que pasamos en el maldito sitio, cuyo nombre ignoro?... ¿Acaso es verdad todo cuanto nos rodea? Sí, sí es ver

dad... Hoy no he comido, no he bebido más que leche; mientras que si estuviera en Europa... ¡Pero, Dios mío!... ¿es este el Oriente, cuyas descripciones tanto nos encantaban en Varsovia? No recuerdo haber leído en ningún autor que los árabes se preparan con un ayuno tan riguroso á la gran fiesta del Ramadán; que, á saberlo, hubiéranos venido... Pero ¿hemos venido, ó nos han traído aqui? Ayer mismo... ¡imposible! No se pasa desde Varsovia al Africa en veinticuatro horas...

No hay duda: el príncipe y yo hemos perdido el juicio, y nos han traído á una casa de locos...; no encuentro otra explicación más lógica que darme... Sí, por eso al partir de Viena nos acompañó aquel doctor joven, que, al decir de las gentes, es un sabio alienista...

¡Locos!... ¡locos!... ¡Dios mío! ¡Qué va á ser de nosotros!...

Y esos que nos acompañan, Haxima, Zulima, el faquir, los criados, son otros tantos colegas...

Pero ¿es posible que todos hayamos dado en la misma manía?... porque en una casa de locos hay tantas variedades como individuos...

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué desgracia!

Y el infeliz marqués se acercó á la ventana para que la brisa refrescase su frente.

Sí que era fresca, como no acostumbran á serlo las noches africanas.

Esta circunstancia no llamó la atención del mar-

qués, preocupado como estaba con la idea de su locura.

La noche estaba clara y serena, y parecía que la luna se había propuesto iluminarla con sus más vivos fulgores.

Juan Jorge vió en el jardín la sombra de una mujer que cruzaba hacia la plazoleta de la fuente.

Debía ser Haxima, que acudía á la cita.

Aunque mora, era mujer, y debía ser galante con ella.

Por la imaginación del marqués cruzó una idea fatua, que indicaba hacer algún tiempo que no veía su grotesca imagen retratada en un espejo.

—¿Estará prendada de mí esa mujer,—decía,— y lo del príncipe será un pretexto para estar á solas conmigo, y que yo me fije en ella? ¡Todo pudiera ser! De cualquier modo, no tardaré en resolver esta duda.

Inmediatamente se dirigió al jardín.

Vaciló un poco en el camino que guiaba á la fuente; pero el jardín era pequeño, y dió con la plazoleta en seguida.

Su emoción no le permitió observar que iba seguido por el príncipe.

Aquella emoción era muy natural; hacía ya muchos años que el marqués no asistía á una cita de amor.

Acaso desde que rompió sus relaciones con María.

La claridad era suficiente para distinguir una sombra blanca al pie del sicomoro.

Se acercó como Leandro cuando le esperaba Hero,



como un amante corespondido á quien promete su amada el primer beso.

El príncipe le seguía siempre; sólo que en vez de atravesar la plazoleta, iluminada ya por la luna, iba amparándose de la sombra.

Cuando el marqués llegó al pie del sicomoro, oyó un dulce suspiro.

Haxima le esperaba ya.

—¡Cuanto has tardado!—le dijo la hermosa en tono de reproche.

El marqués balbuceó una excusa.

La verdad es que ya no estaba muy ducho en aquellos lances, para los que se necesita juventud y que la sangre hierva.

La joven le asió una mano, diciéndole muy bajito:

—Vámonos de aquí: el príncipe vendrá indudablemente, y nos sorprendería.

¿Luego no se trataba ya de darle enojos, como aseguró por la mañana?

¡Era una conquista!

¿Por qué no?

Algunos años más tarde, al llegar á los ochenta, la famosa cortesana Ninón de l'Enclos, debía hacer una conquista en un baile,

El marqués contaba algunos menos.

—¡Vamos donde quieras, hermosa Haxima!—exclamó loco de alegría, haciendo por recordar el tono que adoptaba en su juventud para seducir á las muchachas.



La *hora* le condujo, buscando también la sombra como el príncipe.

De vez en cuando volvía la cabeza.

Sin duda le había visto.

Pero el marqués, tomando aquellos movimientos por miedo, le decía con aire de matamoros:

—Nada temas, hermosa: ¿no estoy en mi casa?... ¿Quién puede molestarte en lo más mínimo? ¿Quién se atrevería?...

*¡Su casa!*

Inbudablemente en aquel momento estaba loco.

Así llegaron hasta un kiosco cubierto de campanillas y enredaderas.

Reinaba dentro una incitadora oscuridad.

La luna, filtrando sus rayos por entre el follaje, señalaba puntos blancos y negros de sombra en el traje de ambos, como si les hubieran recortado un vestido de jirones.

El marqués temblaba de emoción, sin soltar aquella mano tibia y perfumada, que cubría de besos.

—¡Oh! ¡Si el príncipe lo supiera!...—exclamó Haxima estremeciéndose.

El príncipe los espiaba por la parte de afuera del kiosco.

—¡Nada te importe de ese imbécil!—contestó el marqués siempre galante y valiente siempre.—¿Con qué derecho se opondría á nuestra dicha?

—Pero él es el príncipe, y nosotros sus vasallos.

—Pronto nos libraremos de su presencia.

—¿Qué dices?

—Yo haré saber á su padre que te persigue con su torpe amor, y Mahomed, que estará contento con él por aquello de la rebelión...

—¿De veras harás eso por mí?

—¿Lo dudas, dulce bien mío?

—¡Oh! tiemblo á mi pesar... ¡Si te expones por mi causa!...

—Nada temas: la idea de conservarme para tu amor me obligará á ser cauto.

—Pero ¿qué haces?

En efecto, el cadí, que llegó á recordar perfectamente las tramitaciones que había seguido con María en sus citas nocturnas, ya no se contentaba con besar la mano de la mora, y aspiraba á que sus labios se posaran en los de aquélla.

Pero Haxima le contenía.

Un leve rumor resonó entre el ramaje.

—¡Ah! ¿Qué es eso?—exclamó la mora asustada.

—El viento... ¡Nada temas, bien mío!... Estoy yo á tu lado.

—La idea del príncipe no se aparta de mi imaginación...

—Cuando te digo que...

—¡Tanto es lo que le amo!

—¡Ahora salimos con eso!—exclamó el marqués, que se quedó como si le hubiera echado encima un jarro de agua fría.

—¿No te he dicho esta mañana lo que intentaba?

—¡Ya!...; ¡pero como esta noche!..., hace poco...

Haxima le interrumpió, bajando mucho la voz, y diciéndole:

—El príncipe está ahí... Nos espía...

—¿Dónde?—preguntó el marqués aterrado con aquellas palabras.

—Por la parte exterior del kiosco.

—¡Y yo que le he llamado imbécil!

—Dime que me amas, de modo que él lo oiga.

—¡Un demonio!

El marqués se creyó víctima de una burla.

Desde aquel momento prescindió de las formas galantes que aconseja la cortesía, aun cuando un cristiano hable con una mora.

Haxima prosiguió en alta voz:

—Mucho agradezco tu amor; pero á haber sabido que me citabas con el propósito de confiármelo, no hubiera accedido.

—¡Quieres callar!—exclamó el marqués indignado.—Cuando has sido tú la que...

—¡Oh!... ¡No le olvidaré nunca!... Y eso que el ingrato tal vez esté ahora en brazos de la odiosa esclava, mientras mi corazón sufre por él.

A su espalda resonó una voz vibrante, que decía:

—¡No, Haxima!... ¡Estoy aquí, á tu lado!... Yo también te idolatro como un loco, aun cuando te hayan dicho lo contrario.

Y Uladimiro se precipitó en el kiosco lo mismo que una ráfaga de huracán, cayendo á los pies de la



joven, que, avergonzada, ocultó el rostro entre las manos.

El marqués quiso huir, recordando que había llamado *imbécil* á su señor, amenazándole con la cólera de su supuesto padre el sultán de Marruecos, pero no pudo realizar su intento.

Al oír la voz del príncipe, Haxima había corrido a la única entrada del kiosco, como para escapar, aun cuando no debía ser esta su intención, puesto que no ignoraba que aquél era un testigo oculto de la escena.

De modo que fué alcanzada en la puerta por el príncipe, obstruyendo la salida al grupo que formaban entre los dos.

El marqués, no obstante, hizo esfuerzos supremos para abrirse paso á través del ramaje.

Pero no era este el principal obstáculo, sino los rombos de hierro que formaban la armadura del kiosco.

Tuvo que desistir, merced á esta circunstancia, y á otra que sobrevino inmediatamente.

El príncipe había caído de hinojos á los pies de la joven, y devorando sus manos á besos, se deshacía en protestas de amor, empleando las frases más tiernas.

En aquel momento el resplandor de la luna se amortiguó con otro más vivo, y se oyó en el jardín un rumor de pasos, como si se acercasen varias personas.

Uladimiro no se apercibió de nada, como si aque-



lla mujer le hubiera encantado; pero Haxima, que parecía no oír las palabras del joven, estaba atenta á lo que sucedía en el jardín.

Manifestaba gran ansiedad, aunque exenta de temor.

El ruido y el resplandor fueron acercándose, hasta que se echaron encima los que llegaban.

Eran éstos una tropa de genizaros con desnudo alfanje, conducidos por el faquir, y seguidos de otros moros, que llevaban en las manos teas de resina.

—¡Aquí están los culpables!—gritó el faquir como un energúmeno.

Los soldados pudieron ver que el príncipe estaba á los pies de Haxima, y el marqués acurrucado en un ángulo del kiosco, temblando, como las hojas de las campanillas que le cubrían.

El príncipe, completamente sorprendido, por lo mismo que no se había enterado de nada, se puso en pie, colocándose al lado de Haxima, como para protegerla.

El faquir seguía gritando:

—¡Su delito está patente!

—¿Qué delito?—preguntó con calma el joven reconociéndose inocente, como las otras dos personas que le acompañaban en el kiosco.

—¿No lo es, y grande, tu amor á esa joven?

—¿Y á eso lo llamas delito, viejo imbécil?

—Esa mujer no pertenece más que á Mahomed, tu padre, que la compró para su harén.

—Pues tendrá que pasarse sin ella; además, yo no reconozco por padre al sultán de Marruecos.

—¡Qué dice este impío! Esta mañana ha blasfemado del Profeta; ahora reniega de su sangre...: la cólera del gran Mahomed caerá sobre su cabeza.

—¡No me rompas la mía con tus cuentos!

Juan Jorge, comprendiendo que todo el mal provenía del faquir, quiso congraciarse con él, para lo cual se adelantó, diciendo á su señor:

—Príncipe, escuchad lo que os dice ese santo hombre, y no insultéis sus canas.

—¡Miserable!—exclamó el joven, volviéndole la espalda con desprecio.

—Tú también,—dijo el faquir,—pagarás tu felonía.

—¡Yo!—exclamó el marqués estupefacto.—¡Yo felón!

—Sí, mal cadí. ¿No has protegido sus amores, estando ambos bajo tu custodia y vigilancia? ¿Qué indica si no tu presencia en este sitio?

—¡Pero, venerable anciano, si es esta la primera noche que se hablan! Yo te juro que no se ocupaban de amor, sino... aquí hablábamos los tres amigablemente de... la sementera.

Al pobre marqués no se le ocurrían más que disparates.

—No,—afirmó Uladimiro que era enemigo de la mentira.—Hablábamos de amor: yo la decía que la adoraba, y ella, que me correspondía: ¿no es cierto, Haxima?

El faquir exclamó en el colmo de la indignación:

—¿Para qué más pruebas? Después de lo que hemos visto, ellos mismos lo confiesan.

Luégo continuó, volviéndose á los genizaros:

—¡Prened á los tres culpables!

—¡A los tres!—salmodió el de Spoleto, haciendo una mueca horrible.

Los genizaros penetraron en el kiosco.

El príncipe, asiendo á Haxima, se retiró al fondo, decidido á defenderse.

Pero ¿qué podía hacer contra tantos hombres armados, él, que no lo estaba?

En cuanto al marqués, no intentó el más leve movimiento de resistencia.

No hubo lucha, porque no pudo haberla.

En pocos segundos apresaron á los tres, siendo conducidos á la casa.

—¡Haxima, no me olvides!—gritaba el príncipe al separarse de ella para ser encerrado en una habitación.

—¡Alá te guarde, dueño mío!—le contestó la joven mora.

Los presos oyeron esta orden, dada por el faquir á uno de sus soldados:

—¡Pronto!... ¡Pronto!..., transmitid al sultán el parte de lo sucedido, para que su gran sabiduría determine..., ¡aunque ya presumo lo que hará!







## CAPITULO C

---

El cordón negro.



bien, ¿qué hará? Si estuviéramos en Europa, esto no pasaría de un simple destierro..., un extrañamiento por algunos años; pero ¡en Oriente!... ¡Ay! por lo visto es el país de las barbaridades.

Esta amarga queja era exhalada por el marqués, al verse solo en su prisión.

Prescindiendo de haber entrado en Africa contra su voluntad, si es que había sucedido así, maldecía el momento en que su fatuidad le hizo mezclarse en aquella aventura amorosa que era para otro.

La conducta de Haxima fué para él de una doblez inconcebible.



¿Para qué fingirle amor, llevándole al kiosco, y hacerle consentir en una dicha que no era para él?

Había servido de pantalla.

—¡Oh!... ¡las mujeres!... en todas partes son lo mismo... ¡Tanto en Africa como en Europa, dan el mismo pago al que las hace caso, al que se afana por ellas!

Estas consideraciones filosóficas eran algo tardías; debía haberlas hecho antes de mezclarse en aquella aventura, cuyo desenlace, aunque oculto aún, amenazaba ser terrible y desastroso.

—¿Qué hará el sultán conmigo, que, después de todo, no me he metido en nada?

Esta era la pregunta eterna que se hacía á sí mismo, temiéndolo todo de aquel terrible sultán, que había diezmado un harén por unos ligeros celos que en Europa no se le hubieran ocurrido á nadie.

Pero, como había dicho muy bien aquella tarde *su* esclava Zulima, que parecía una muchacha juiciosa y llena de cordura, Africa no es Europa.

---

Respecto del príncipe, debemos decir, en honor de sus generosos sentimientos, que no le inquietaba más que la suerte de la mora el porvenir que le estaba reservado.

Para nada se acordaba de él.

Uladimiro, desde que conoció á la joven, no pensó

va más en su misteriosa traslación desde Varsovia á aquel sitio, ni en nada de cuanto le rodeaba.

Envidiemos á los amantes.

Amar de veras es no vivir en el mundo, ni sufrir ninguna de sus penalidades ni amarguras mientras el objeto amado es fiel.

Debe haber algún limbo misterioso para los que aman.

Ese limbo, entre nosotros, tiene una caída fatal: la vicaría.

Después entra la prosa, empezando por la comida de boda en una fonda, á dos pesetas el cubierto, con arroz con leche y otras golosinas

Lo repetimos: Uladimiro, si lloraba, era por Haxima.

También recordaba las atrocidades que había oído contar del sultán de Marruecos.

Ya no se trataba de entrar en el harén, sino de haber encontrado un hombre, en pleno coloquio amoroso, á los pies de su esclava favorita.

Odiaba al faquir, que tenía la culpa de todo, y hubiera pagado su cabeza á peso de oro para que la pisoteara Haxima.

Su antipatía había comenzado aquella mañana en la mezquita.

A haber adivinado lo que iba á pasar por la noche, la parte que aquel inmundo viejo iba á tomar en la escena del jardín, era cosa de haberle arrojado de cabeza desde el elevado minarete.

Pero el príncipe no era práctico, ni tenía el don de las adivinanzas.

Ni siquiera había estudiado para sibila.

Es verdad que ya no estaban en uso.

No había más remedio que admitir los hechos tal y conforme se presentaban, y sufrir sus consecuencias, por terribles que fuesen.

---

El marqués, más feliz que su señor, logró quedarse dormido al romper el alba.

Tenía alguna esperanza.

Al fin y al cabo, él no había sido la persona agente en aquella aventura amorosa.

A pesar de haber leído muchos libros sobre el Oriente, ignoraba la tramitación que siguen allí las causas.

No sabía si se estilaban los abogados en aquellas cálidas regiones, y, por si acaso, se entretuvo en disponer su defensa, preparando un discurso sobre el derecho de gentes, del cual lo esperaba todo.

En uno de sus más brillantes párrafos se quedó dormido.

¡Y soñó con Europa, él, que tantas veces había soñado con el Africa y el Indostan!

Al revés de lo que le pasaba á su señor, no pensó en Haxima más que para maldecirla.

Ella y el faquir eran la causa de todo.





Es verdad que no estaba enamorado, como el príncipe.

Pero fué dichoso unas cuantas horas, porque durmió.

Cuando abrió los ojos ya había salido el sol.

Su estómago le hacía prudentes advertencias, y pensó en si habría llegado la hora de los dátiles y la leche.

A poco sintió rumor de pasos en la galería anterior á la habitación que ocupaba.

Todo prisionero se alegra cuando llega hasta él cualquier ruido que él no produce.

Puede indicar alguna novedad en su situación expectante.

Sólo que esas novedades suelen ser siniestras á veces.

La puerta se abrió, apareciendo el faquir en su dintel.

Al marqués le hubiera producido mejor efecto la cabeza de Medusa.

El santón entró grave y serio.

Aquel hombre tenía traza de no haberse reído nunca, lo cual hace terrible á cualquier individuo.

Llevaba bajo el brazo una caja de madera de ébano.

El ébano es una madera sombría por su color.

¿Qué podría contener aquella caja?

Sin hablar una palabra, sin saludar siquiera, se la entregó al marqués.

—¿Para mí?—preguntó éste.



—Sí,—contestó el otro, con una voz que parecía salir de una tumba.

Juan Jorge pensó que aquel hombre no tenía precio para destetar chiquillos.

Daba mil vueltas en su mano á aquella caja; el conducto por donde le había recibido le hizo sospechar si sería la de Pandora.

Era imposible que aquel hombre fuese portador de nada bueno.

—Vamos, ábrela,—le dijo, cansado sin duda de tantas vacilaciones,

La voz resonó en el oído del marqués como una campana que suena en un funeral.

Pero como la incertidumbre es cruel, se decidió por último á levantar la tapa, exhalando un suspiro de satisfacción al ver que de allí no salía ningún basilisco.

Era un estuche forrado de azul: en el fondo había un cordón negro.

—¿Qué significa esto?—pregunto el marqués, sacándole con el pulgar y el índice de la mano derecha.

—¿Lo ignoras?—dijo el santón.

—¿Cuando lo pregunto, es claro que no lo sé!

—¿Es raro que lo ignores siendo cadí!

—Será todo lo que tú quieras, pero confieso que...

—Pues bien: ese cordón le envía el sultán á las personas á quienes aprecia, para que se ahorquen con él.

—¿Es decir que las *aprecia ahorcadas!*—exclamó el marqués estupefacto.

—Para ahorrarlas los dolores y la vergüenza de otro suplicio, y porque las aprecia, permite que se den la muerte en su propia casa.

—Es una atención delicada, que deben agradecerle las personas que hayan cometido algún delito que merezca la muerte; pero, tratándose de mí, no comprendo el objeto con que me le envía.

—¿No lo has oído? Para que te ahorques.

—¡Yo, que soy inocente!—exclamó el pobre marqués, retrocediendo más pálido que una aurora de otoño.

—¿Y tu participación en los amores del príncipe con la esclava?

—Pero ¿se te figura que para eso iban á contar conmigo?

—¿Qué hacías allí entonces?

—Tomar el fresco: ¿para qué están los kioscos en los jardines? Además, ¿tengo yo la culpa de que ellos entraran?

—La esclava ha declarado que tú protegias sus amores, y que anoche la llevaste al kiosco, donde la esperaba el príncipe.

—¿Eso ha dicho esa embustera?

—Sí.

—¡Pues miente!

Y el marqués dió á sus palabras toda la fuerza que le prestaba su indignación.

—Tu negativa es inútil, después de tan explícita declaración,—dijo el faquir.

—¡Pero esa infame mujer se ha empeñado en perderme!

—No te queda más remedio que morir. Así castiga el magnánimo sultán á los que hacen traición á su confianza.

—Bueno; puedes decirle al sultán que me ahorcaré... cuando lo tenga por conveniente.

—Es que su misericordia sólo te concede veinticuatro horas, pasadas las cuales...

—¿Qué sucederá?

—Como indigno que eres entonces de la gracia del cordón, morirás empalado en la plaza pública, para escarmiento de traidores.

—¡Empalado!

—Sí.

—Protesto é invoco la ley del derecho de gentes.

—Aquí no hay más ley que la voluntad del sultán: él manda y los demás obedecemos.

—Es que yo soy un extranjero, y mi nación reclamará:

—Eso son fútiles pretextos para librarte de la muerte, pero te advierto que es inevitable.

—¡Escucha!—dijo el marqués, viendo que aquél se retiraba.

—No escucho nada,—contestó el faquir, sin detenerse.

—Pero...

—Si no te ahorcas hoy, morirás empalado mañana: así, pues, escoge



Y el faquir salió de la estancia, asegurando la puerta por fuera.

---

Juan Jorge Sorrentini, marqués de Spoleto por la gracia de sus trapacerías, y profesor de idiomas, y amigo del príncipe Uladimiro, heredero del trono de Polonia, iba á ser empalado como el último de los piratas de la costa marroquí.

A menos que no se aprovechase de la *magnanimidad* y *misericordia* del sultán, colgándose de una ventana con el cordón al cuello.

El infeliz quedó en un estado bien fácil de comprender.

Y todo ¿por qué?

Por una miserable pasioncilla del príncipe con una esclava que había vendido babuchas y dátiles en Túnez.

Ni siquiera era una mujer principal, por más que esta circunstancia no hubiese dulcificado la pena.

¡Por tan poco se ahorcaba en Marruecos!

Ya no le ocurrió al marqués la idea que le había asaltado antes.

No: aquello no era una casa de enajenados.

Con los locos no se toman disposiciones tan extremas.

Se les viste la camisa de fuerza, se les sacude firme cuando entran en el acceso furioso...

Pero nada más.

No: estaba en un país oriental... Aquellas eran costumbres orientales.

Aquello de no haber más ley que la voluntad del sultán, y de que bastara la deposición de una miserable esclava para ahorcar ó empalar á un hombre, era puramente africano, sin que á nadie se le ocurriese ponerlo en duda.

El infeliz marqués se retorció los brazos con desesperación.

—¡Dios de Dios!—exclamaba.—¡Aquí voy á pagarlas todas juntas!... Esto es la venganza de la marquesa de Spoletto, de Maria, de..., ¡del diablo!

Y se paseaba en la estancia lo mismo que una fiera enjaulada, mirando aquel fatídico y siniestro cordón, que hablaba de una manera elocuente en el fondo azul de la caja.

Aquel era el Oriente..., el país tan ardientemente deseado cuyas pintorescas descripciones tan buenos ratos habían proporcionado al príncipe.

¡Y él, él había fomentado en su discípulo aquel entusiasmo, aquella locura, sin adivinar que era la perdición de ambos!

En Oriente no se comía...

No se bebía vino...

Arrastraban á un hombre á la mezquita poco menos que á puñetazos, y le hacían berrear en árabe horas enteras.

No se podía requebrar á las muchachas bonitas, como en Europa, sin ponerse en peligro de muerte.

Por último, no había abogados, ni leyes, ni respeto á los extranjeros.

¿De qué servía entonces aquella flora espléndida y lujuriosa, aquellos ríos caudalosos, aquellas fuentes parleras, aquellas aves de pintado plumaje, aquellos palacios magníficos, aquellos jardines, llenos de flores lo mismo en invierno que en verano; aquellas bayaderas cuya danza enloquecía; aquellas mujeres de tez cobriza ó negra, cuya morada sólo era un paraíso de delicias, como los que promete Mahoma en el séptimo cielo?

¿De qué servía todo aquello, si detrás del tallo de hierba más diminuta estaba el cordón negro ó el palo, si no se podía disfrutar?

El marqués tenía hambre, y esperó, aunque en vano.

Ya debía haber pasado la hora de los dátiles.

Nada le darían, no.

¿Pare qué engordar á un hombre que va á morir?

Eso se queda para los pavos y otros animales destinados á la voracidad de las criaturas felices.

¿De qué le servía haber ayunado al Ramadán, si no había de disfrutar de la fiesta?

---

Pasó la mañana y pasó la tarde.

Empezaba la hora del crepúsculo.

Ya no le quedaba más que la noche para tomar alguna resolución.



Era preciso decidirse, optar por alguno de los suplicios; entre la cuerda y el palo, había precisión de escoger.

El marqués se estremeció de horror al pensar que podían salirle los intestinos por el cráneo si le empalaban.

Además el palo era el suplicio de los esclavos, de la gente perdida.

Se decidió por la cuerda, como muerte más digna.

Pero se le presentaba un problema de difícil solución.

Es decir, ya estaba resuelto.

El no tendría valor para atar el cordón á los hierros de la ventana y colgarse como un racimo.

El valor es como el talento, y como el dinero: unos lo tienen y otros carecen de él.

Es imposible adquirirle, porque ni se vende, ni puede comprarse.

¿Qué hacer en tan apurada situación?

¿Cómo conciliar el difícil extremo de morir ahorcado sin ahorcarse?

El infeliz estaba á punto de volverse loco en tan apurado trance.

Miraba al cordón, tan negro, y al cielo, tan azul, en el cual empezaban á brillar algunos astros, que él no vería al día siguiente.

¡Horrible pensamiento!

De repente se abrió la puerta.

El marqués creyó que iban á buscar su cuerpo

para darle sepultura, en la suposición de que no era tan cobarde.

Se volvió de espaldas por si era el asqueroso faquir.

No quería verle más.





## CAPÍTULO CI

---

Haxima-Federica



ERO no era el inmundo, flaco y amarillento santón el que llegaba, como se lo demostró una voz dulcísima, que murmuró á corta distancia?

—¿Cide, no te has ahorcado todavía?

El marqués se volvió presuroso.

Era Zulima la que llegaba, aquella esclava que tenía trapicheos con el príncipe.

Llevaba en sus manos una bandeja que contenía una botella y una copa.

Al verla corrió á su encuentro.

—¡Zulima!—exclamó casi con alegría.

—Pero ¿en qué piensas?—le dijo ella.—Prefieres que te den la muerte afrentosa de los esclavos?



—Es que antes de morir tengo que arreglar mil cosas para lo cual necesito tiempo.

—Es que tienes miedo.

—Pues bien: sí, Zulima...

—¿Y no te avergüenza el confesarlo?

—¿Por qué? El miedo es una de las cosas más primitivas..., tan antiguo como el mundo.

—No te pareces al príncipe.

—¡Cómo! ¿Pues qué le pasa?

—Ya nada.

—¿Qué dices?

—Que así que recibió el cordón, se ahorcó sin pronunciar una queja.

—¡El!... ¡Uladimiro!—exclamó el marqués con verdadero sentimiento.

—Alí, querrás decir,—objetó la esclava.

—Se ha ahorcado.

—Enseguida.

—¿Y Haxima?

—Esa ha salido fuertemente escoltada para Marruecos.

—¡Pues!... ¡Lo mismo que en Europa! ¡Siempre paga el que menos culpa tiene! Allí hará cuatro carocas al sultán; y volverá á ser la reina del harén.

—¿A tí qué te importa?

—Mira, me serviría de consuelo al morir saber que la habían cortado la cabeza.

—¡Triste consuelo que no dulcificaría tu suplicio!

—Sin embargo...; pero ¡qué veo! ¡Compadecido de

mi situación, me traes algún piscolabis!... ¡Una botella de vino!...

—Pero ¿no sabes que nos lo prohíbe nuestra ley?

—Entonces ¿qué es eso?

—Es un licor hecho del jugo de unas hierbas, que te prestarán energía para el trance fatal.

—¿De veras?

—Se le propina á todo el que carece de valor, como tú, y el resultado es seguro.

—¡Se ahorca!—exclamó el marqués apartándose instintivamente de la botella.

—¿Conque me despreciais?

—Sí.

—¡No creí fueras tan cobarde!

—Yo también lo ignoraba: nunca me he puesto tan á prueba.

—Y ¿qué vas á adelantar? ¡Vivir unas seis ú ocho horas más!..., lo que dure la noche..., porque mañana al romper la aurora, vienen y si estas vivo, te empalan.

—¡Es cierto!... ¡No hay medio de escapar!—salmodió el marqués tristemente.

—Ninguno. ¡Y considera qué muerte!... ¡Es tan dolorosa como humillante, pues indica que has tenido miedo!

—¡Dices bien, Zulima! El hombre no puede burlar su destino por más que haga.

—Lo que ha de ser está escrito,—dijo Zulima con

la expresión fatalista de los árabes, que les da cierto estoicismo para la muerte.

El marqués se adelantó, diciendo:

—Venga una copa de ese licor, y quiera Dios que me dé el ánimo que necesito para acabar pronto.

Zulima escanció en la copa, que asió el marqués con mano febril.

Antes de beber examinó el licor, que era de un verde claro y transparente como la menta.

—Es aromático,—dijo.

—¡Te gustará!

—¡Ah Zulima! ¡A quién le gusta tragarse la muerte, por muy bien aderezada que se la ofrezcan!

—Vamos, cide, bebe de un sorbo sin vacilación y sin temblor.

El marqués, poseído de forzosa resolución, aproximó la copa á los labios.

El cristal chocó entre sus dientes, pero bebió su contenido.

—¡Ahora, que Alá te dé una buena muerte!—dijo Zulima.

—¡Por muy buena que sea, ten por seguro que no me lo parecerá!

—¡Animo!

—Zulima..., reza por mí á Alá..., ó al Profeta..., ó al santo de tu mayor devoción.

—Así lo haré.

La esclava salió de la estancia y cerró la puerta.



El marqués quedó fijo, inmóvil, como si sus pies hubiesen echado raíces en el suelo.

Sin duda esperaba la energía que debía prestarle aquel licor.

Sus ojos se fijaron sobre el cordon negro que yacía en el fondo de la caja.

—¡Va á ser mi última corbata!—exclamó.

Despues de algunos segundos dijo:

—¡Es particular! Contra lo que ha afirmado esa muchacha, cada vez tengo menos deseos de morir... ¿Será que ese licor necesita más tiempo para obrar? Eso debe ser; porque si fuera á vender mi valor, no darían por él ni una miserable moneda de cobre... ¡A que soy tan desgraciado que!...

No pudo continuar, porque cayó á plomo sobre los almohadones, cerrando los ojos.

---

Quando Uladimiro abrió los suyos se encontró acostado en su lecho, en una de las habitaciones que ocupaba en el palacio de Varsovia.

Buscó por todas partes, y no pudo hallar el aposento donde tambien le habían ofrecido el siniestro cordón.

Vistióse apresuradamente, y se asomó á la ventana.

En vez de los naranjos y limoneros de aquel jardín

africano, vió las calles de Varsovia llenas de gente, porque era dia festivo.

Buscó tambien su traje árabe, pero no dió con él.

¡Ah! Lo que le había pasado, ¿era un sueño..., el producto acaso de una pesadilla?

No.

Y sin embargo...

No, no: su mente se despejaba, y á ella acudían los recuerdos claros y precisos, las palabras que había pronunciado y oído, los rostros de las personas que habían cruzado su palabra con él.

El faquir y sus enfadosas oraciones de la mezquita; el forzoso ayuno del Ramadán; las esclavas que le sirvieron los dátiles y la leche..., y, por último, la hermosa, la garrida, la enamorada y tierna Haxima.

¡Oh! ¡Si fué un sueño, el despertar era cruel!...

Cruel, sí, porque su fantasía llegó á pintarle el rostro de una mujer á quien no volvería á ver nunca.

En medio de todo, vacilaba aún antes de dar á lo que creía haber visto y oído la patente de quimera.

No recordaba haber soñado nunca con tanta verdad.

Agitó un timbre.

Era preciso salir de dudas.

Pero en vez del criado que esperaba, vió que entraban en el aposento su madre y su prima la joven María Amelia.

—¡Gracias á Dios que despiertas, hijo mio!—le dijo

aquella.—Todos recelábamos que tu largo sueño fuera un sopor.

—¿Cuándo he llegado?—preguntó, esperando la respuesta con ansiedad.

—¿Acaso has salido?

—¿Que no he salido para emprender un largo viaje?

—¡No!—le contestaron á la vez su madre y su prima.

—¿Pues desde cuándo duermo?

—Desde antes de anoche al terminar el banquete con que obsequiamos á la corte.

—¡Ved lo que decís, madre mía!—exclamó el joven, estremeciéndose de asombro.

—La verdad..., lo que te dirá cualquiera de las personas de palacio á quién interrogues. ¿Qué interés tendría tu madre en engañarte?

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!

—Pero ¿qué te pasa?—le preguntó María Amalia.

—¿Conque realmente ha sido un sueño?—exclamó el joven juntando las manos con desaliento.

—¿Has soñado?—le preguntó su madre con interés.

—¡Y de un modo bien singular! La realidad no se hubiera presentado á mis ojos con colores más vivos ni más verdaderos.

—¡Y, según expresa tu rostro, parece que sientes haber despertado! Eso indica que las visiones de tu sueño eran agradables.



—De todo tenían..., Una de ellas..., ¡Oh! ¡á esta no la olvidaré en mi vida, aunque llegase á contar la edad de Matusalén!

—¿Una mujer acaso? Hablas de ella casi con pasión.

—¡Una mujer encantadora!... Perdona, prima, que ensalce á otra hermosura estando tú presente.

María Amalia le contestó, haciendo un gracioso mohín:

—Vamos, señor lisonjero, ¿no sería mejor que nos refiriérais vuestro sueño?

—¿Para qué?

—Para saber la parte que ha tenido en él esa encantadora criatura.

—¡Sí, sí, refiérenosle, hijo mio!—dijo la noble dama.

—No hay inconveniente: su relato procurará nuevas impresiones á mi corazón.

—Ya escuchamos.

El príncipe empezó á relatar todo lo que había pasado desde que abrió los ojos en la residencia africana de la costa marroquí.

Cuando llegó á su conocimiento con la bella Haxima al pie del sicomoro, su voz expresaba el entusiasmo de la pasión, degenerando luego en un tono melancólico, lo mismo que cuando hablamos del bien perdido.

Engolfado en la descripción de tan rara aventura no advirtió que durante su relato, su madre y María

Amalia cambiaron miradas de inteligencia y algunas sonrisas.

Por último, llegó al fúnebre pasaje del cordón negro.

Haxima había entrado en su estancia para morir con él en sus brazos.

Llevaba dos pomitos de cristal, que encerraban un mortífero veneno.

Cada uno apuró el suyo.

La joven árabe le echó ambos brazos al cuello, pronunciando las frases de amor más tiernas que han regalado á un amante.

El príncipe se consideraba feliz.

Aquella muerte era dulcísima, sin dolores y sin angustias: una muerte envidiable.

Luego perdió el sentido, cayendo en el regazo de Haxima.

Hasta aquí su sueño.

El despertar era la triste realidad, porque se veía privado de aquella mujer que tanto le amaba.

—¡Siempre el Oriente!... ¡Hasta en sueños!—esclamó su madre con cierto disgusto.

—¡Oh! ¡No me habéis de Oriente, madre mia! Esta noche le he visto de cerca, y no le quiero.

—¿De veras?

—¡Os lo juro! No podría vivir en un país donde el monarca ó sultán manda la muerte al cortesano de quien cree haber recibido alguna ofensa, simbolizada en un horrible cordón negro; donde hay sacerdotes tan in-

transigentes como el faquir de mi sueño; donde se prepara uno á las fiestas del Ramadán no comiendo en quince dias más que dátiles y leche...; donde la mujer más hermosa y más honrada está expuesta al capricho libidinoso de un viejo inmundo, si cuenta en su bolsa con algunos cequíes de oro.

—¡Ah hijo mío! ¡No sabes cuánto me regocija el oírte hablar así.

Y la augusta señora le estrechó con pasión entre sus brazos.

—El Oriente es para los que han tenido la suerte ó la desgracia de nacer en él, para las pintadas aves que pueblan sus bosques, siempre verdes, para las fieras que destrozán al viajero en sus ardientes arenales.

—¿Y Haxima?—le preguntó María Amalia maliciosamente.

—¡Calla, prima mía! Considero una desgracia que me va á hacer infeliz para toda mi vida el haber soñado con ella.

—¿Por qué?

—Por que no existe más que en mi imaginación. ¡Pero nunca la olvidaré!

—¿Y si existiera?

—¡Imposible! Dios no ha formado en la tierra una criatura tan perfecta; si acaso será uno de los ángeles de su gloria.

—Pero pudiera existir una criatura tan parecida á ella que la confundiese uno al mirarla.

—Repito que es imposible.



—Y yo afirmo... que puede ser.

—¡Prima!...

—Que es.

—¡Dios mío!...

—¿Qué harías?

—Dar por ella toda mi fortuna de príncipe.

Una voz, bien conocida de Uladimiro, contestó desde afuera:

—No es necesario que vuestra alteza dé nada: yo se la traigo de balde.

Y apareció el doctor Extrañi conduciendo de la mano á la joven árabe, sólo que entonces vestía un traje europeo que realzaba sus encantos.

—¡Haxima!—exclamó el príncipe al verla, y se arrojó á sus pies frenético de amor.

La joven estaba ruborizada.

—No la llames Haxima, sino Federica, que es su verdadero nombre,—replicó la reina madre, estrechando á los dos jóvenes entre sus brazos.

—¡Ah! ¿Mi prima?

—Sí, hijo mío.

—¡Sí, Uladimiro!—repuso Federica, bajando los ojos.

La reina tendió una mano á Extrañi, diciéndole:

—¡Gracias, doctor! Sois un hombre de talento..., un sabio.

María Amalia palmoteaba como una loca.

—Pero ¿qué es esto?—exclamó el príncipe en el colmo del asombro.

—Una comedia dispuesta por el doctor, en la cual él ha representado el papel de ángel.

—¡Me confunde vuestra majestad!

---

En efecto, todo ello formaba el plan curativo, dispuesto por el doctor, para curar al príncipe de aquella manía, que hubiera degenerado en locura.

La corona poseía una residencia cerca de Varsovia.

A su regreso de Viena, partió el doctor para aquel sitio, trasformándole bajo su dirección en una residencia oriental.

Al mismo tiempo se dió á los jardines el aspecto africano y tropical que necesitaban para que la ilusión fuese completa.

Los que figuraron en la comparsa eran servidores, empleados en otros sitios reales, á quienes no conocía el príncipe.

En el banquete de palacio se administró un narcótico á Uladimiro y al marqués de Spoleto, durante cuyo sueño fueron trasladados y vestidos á la usanza oriental.

Lo mismo se hizo para su vuelta.

El objeto del doctor era presentar al entusiasta príncipe los inconvenientes que tiene para el europeo la vida que se hace en aquellas latitudes y lo molestas y bárbaras que son sus costumbres.

Fuerza es decir que lo había conseguido, según el mismo príncipe lo daba á entender.

Su obcecación anterior era tal que, como ya sabemos, se había negado á ver el retrato de su prima: la noche que danzó de bayadera en el palacio del emperador de Austria, tampoco quiso mirarla al saber por el marqués quién era.

Pero representando el papel de esclava favorita, llamándose Haxima, y suponiendo que estaba á la disposición del sultán, ya era otra cosa: el príncipe debía enamorarse ciegamente, como sucedió.

El bien que otro disfruta tienta la codicia ajena, y bastó el saber que Haxima podía desaparecer de allí cuando al sultán se le antojase, para que Uladimiro la codiciara.

---

Cuando entre sus dos primas, Federica y María Amalia, le enteraron de todo, exclamó dirigiéndose á Estrañi, dándole una palmada en el hombro:

—Doctor, la casualidad hizo que os debiera un brazo; hoy os debo tambien el juicio: ¡á la verdad que no sé cómo expresaros mi reconocimiento!

—De una manera muy sencilla, señor,—contestó Estrañi.—Deponiendo alguna vez la dignidad real y dejándome que sea amigo de vuestra alteza.

—¡Eso siempre! La amistad de los sabios como vos honra al monarca más poderoso. Os habeis arreglado



de un modo original para dar al marqués de Spoleto el susto más formidable que habrá llevado en toda su vida. A propósito, ¿qué es de él? ¿Acaso lucha con los efectos del narcótico!

—No, hijo mio,—contestó la reina.

—¿Ha venido? Quiero verle.

—No, hijo mio: el marqués camina ahora en una silla de posta hacia la frontera de Rusia, donde quedará en libertad para elegir el punto de residencia que más le agrade.

—¿Le habeis desterrado?—preguntó Uladimiro soltando la carcajada.

Al fin era príncipe, y debía ser ingrato.

—Yo te indemnizaré de su presencia, primo mío,—le dijo Federica con aire apasionado.

—¿Primo no más?

—Aun no me atrevo á llamarte esposo.

—Será necesario para ello pedir permiso al sultán de Marruecos,—objetó María Amalia alegremente.

—Y le concederá,—contestó Estrañi.

---

Dos meses después se celebraba la boda del príncipe Uladimiro con María Federica de Cracovia, apadriñando á los contrayentes la reina madre, y por representación, el emperador de Austria.

No hay para qué decir que el doctor Roberto Es-

trañi fué uno de los primeros invitados á la ceremonia, y que toda la corte le felicitó por la ingeniosa curación que había llevado á efecto.

En cambio todos se regocijaron de la ausencia del marqués de Spoleto.





## CAPITULO CII

---

En Nápoles y en Madrid.



El encuentro providencial de Roberto Estrañi en el bosque de Viena sembró indudablemente la alegría en la corte polaca, y aseguró la paz por algunos años años.

Es cosa bien singular por cierto que un hombre tenga que romperse un brazo para ser feliz.

Pero el caso del príncipe Uladimiro no es el único en el mundo, y hay varios ejemplos que acreditan este fenómeno.

Así es que todos se volvían plácemes y parabienes para el doctor, quien era mirado en palacio, y aun en la corte, como uno de los principales personajes, si no



por el abolengo de la cuna, por el de la ciencia, que vale mucho más.

Pero á Estrañi le abrumaban aquellas atenciones, que él creía inmerecidas.

Además, allí no estaba á gusto, y no ciertamente por las personas que le rodeaban.

Pero el país se le venía encima, valiéndonos de una frase vulgar.

El que ha nacido y vivido tantos años al pie del Vesubio, vive mal entre los hielos del Norte.

Y no es que Estrañi tuviera deseos de ir á Nápoles: aquel sitio guardaba para él dolorosos recuerdos, que no habia podido olvidar en dos años de ausencia.

Pero allí hacía una vida holgazana.

Quería correr el mundo y dedicarse á su estudio predilecto, la ciencia de curar.

Una vez que, hablando con la reina madre, se expresó en tales términos, ésta le replicó:

—En vano acariciáis tales planes, y os aconsejo que renunciéis á ellos; tanto yo como mi familia no sabemos pasarnos sin vos, y, en nuestras dolencias, en vos está toda nuestra confianza.

—Señora,—contestó Estrañi,—es altamente lisonjero para mí lo que dice vuestra majestad, y no hay en mí bastante agradecimiento, por más que soy muy agradecido; pero...

—Nada, nada; permitidme que ejerza en vos esta presión.

¿Qué había de hacer?

Resignarse.

Por otra parte, es muy dulce el resignarse al bien: allí no le faltaba nada, ni aun enfermos.

Aquella cura que acababa de verificar en el príncipe, y que había corrido por la corte, aumentó su fama de hábil doctor.

Era el médico de moda, y su peculio aumentaba de día en día, pues la reina le había señalado además una pensión.

El príncipe Uladimiro y la bella Federica le tenían por su amigo.

Pero sobre todo, con quien más había simpatizado era con María Amalia.

Esta princesa le hizo su confidente.

Nadie más que él supo las penas y disgustos de la joven princesa, al ver que, despues de tanto tiempo y de tantos horrores causados por austriacos y prusianos, su familia no había podido aún tomar posesión del electorado de Sajonia.

Estrañi no podía hacer más que sentirlo, como si le atañera personalmente, y consolarla.

A la verdad que la joven princesa era digna de la suerte que más tarde la deparó el destino.

---

Algún tiempo después, una tarde en que Estrañi

hacia en palacio su visita cotidiana, la reina madre, en presencia de María Amalia, le dijo:

—Doctor, es necesario que vayáis preparando el equipaje.

—¿Pues cómo, señora?—exclamó aquél.—¿Es decir que necesitáis de mis servicios fuera de aquí?

—Así es la verdad: vais á viajar, pero no solo.

—No pregunto adónde ni con qué objeto; me basta saber que, pues lo habéis dispuesto, necesitáis de mí.

—Pero yo quiero ser más explícita.

En esto, tomó parte en la conversación la princesa, diciendo:

—¿Os gustaría viajar conmigo, doctor?

—Señora, ¡qué mayor dicha para mí!

—Pues bien: vais á acompañarme; y si tenéis una satisfacción en ello, creo que se aumentará al saber que vamos á visitar vuestra patria.

—¡A Nápoles!—exclamó el doctor palideciendo.

—Así es,—replicó la reina madre.—¿No sabéis de lo que se trata?

—Señora, fuera de la salud de las reales personas, apenas me ocupo de lo que pasa en la corte.

—Pues bien: el rey Carlos de Borbón, hermano de Fernando VI de España, que, como sabéis, ocupa el trono de Nápoles, ha pedido solemnemente en matrimonio la mano de mi sobrina.

—Felicito sincera y cordialmente á vuestra alteza. El rey Carlos reúne todas las condiciones necesarias



para ser amado de sus súbditos, y es el esposo mejor que cualquiera que os ame puede desearos.

—Entre las personas que formarán el cortejo oficial de mi sobrina, os cuento á vos.

—¡Señora, tanta honra!...

—Sólo que las damas que me acompañan se volverán á Varsovia, mientras vos permaneceréis á mi lado como médico de cámara.

—¡Yo en Nápoles!

—¿Por qué no? ¡En vuestra patria!...

—¿Donde todos me han conocido humilde, casi pobre?...

—¡Mejor! Debéis vuestra elevación á vuestro talento, y no á intrigas reprobadas; esto, en vez de humillaros, os enaltece.

—Sin embargo...

—¡Cómo! ¿Rehusa el doctor acompañarme? — preguntó María Amalia, haciendo un gracioso mohín.

—¡Dios me libre, señora! A más del cariño que profeso á vuestra alteza, las leyes de la cortesía me hacen, no rechazar, sino desear un puesto que tanto me honra...

---

Ya sabía algo de esto Estrañi, es decir, de la proyectada unión entre Carlos de Borbón y María Amalia; pero ignoraba la honra que la joven princesa le dispensaba.

¡Ir á Nápoles!... ¡A Nápoles, donde estaba Josefina!

Dos efectos contrarios luchaban y combatían en su pecho.

Primero, el dolor que había de producirle la vista de aquella mujer tenida por ingrata, á quien no había podido olvidar.

Luégo, la satisfacción de presentarse ante ella engrandecido, siendo el favorito de una reina.

Este honor no se le había deparado un casamiento casual con una persona de la nobleza: se le debía al estudio, á su talento.

En tal concepto, la condesa Massi debía aparecer humillada á sus ojos.

Pero era más el dolor que experimentaba.

Estrañi no era orgulloso ni vengativo.

Pensaba que Josefina y su esposo el conde frecuentarían la corte, y que allí habían de verse por precisión, y aun hablarse.

¿Cómo fijar su mirada en ella? ¿Cómo oír el timbre de aquella voz, que tantas veces había resonado en su oído haciendo protestas de amor?

¿Daría Josefina muestras de reconocerle? ¿Le buscaría para disculparse? ¿Huiría de él temiendo sus reproches?

No, no; ¡imposible!

Pero ¿podía rehusar el honor que le hacía la corte de Varsovia, enviándole como su representante en un caso tan grave y serio?

¡Ah! María Amalia y su familia ignoraban que aquel honor aumentaba su desventura.

Ausente de Josefina, todo se reducía á ensayar el olvido.

Pero en su presencia...

Roberto se estremecía á esta idea.

La fatalidad, que parecía haberle olvidado durante dos años, le perseguía de nuevo.

Pero le perseguía de una manera extraña, enalteciéndole.

En fin, era preciso resignarse.

Cualquiera disculpa que tendiese á renunciar tal honor, hubiera sido considerada como un desaire, y él no podía faltar á las leyes de la cortesía y del agradecimiento.

---

Desde aquel día se le vió en palacio más triste y preocupado que de ordinario.

Pero aquella tristeza no chocó, dado el carácter ensimismado y poco expansivo de Estraña.

Al cabo de un mes partió de Varsovia, acompañando á la linda desposada, con otros personajes y damas de la corte.

Nobles sicilianos, y oficiales de la casa del rey, esperaban á la comitiva en la frontera.

Entre ellos estaba el conde de Massi.

Roberto se estremeció al verle.



Aquel era el hombre que le había robado su dicha. No, no: según su juicio, él no hizo más que pretender; Josefina fué la que se vendió.

El conde apenas le conocía; sólo le vió dos ó tres veces antes de casa se; así es que apenas se fijó en él.

Además, un médico, por muy ilustre que le haga la ciencia, representa muy poco cuando uno no está enfermo.

La brillante comitiva partió, contando la joven reina muchas simpatías por su belleza.

En uno de aquellos pintorescos pueblecillos que rodean á Nápoles esperaba el rey Carlos.

Allí se hizo la presentación oficial de los cortesanos de una y otra corte.

Roberto Estrañi, que no tenía más títulos que su ciencia, mereció una mención especial por parte de María Amalia.

El rey le aseguró que no saldría de su corte, y que desde aquel día confiaba en sus manos su salud y la de su familia.

Así entraron en Nápoles, en medio del júbilo de la multitud, á quien agradaba la reina, y llegaron á palacio.

Esto era lo que más temía Estrañi.

Allí, en medio de toda la corte, estaba Josefina.

Al verse una y otro, experimentaron igual emoción.

Sólo que la de la condesa era más profunda.

No sabiendo de su antiguo amante en tanto tiempo.

po, ignoraba que iba formando parte del acompañamiento de la joven reina.

Su sorpresa fué dolorosa.

No lo fué menos la de Roberto.

En su día de gloria...

El día de su boda, cuando se celebró el matrimonio, él también estaba presente. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe.

El día de su boda, cuando se celebró el matrimonio...

El día de su boda, cuando se celebró el matrimonio, él también estaba presente. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe.

El día de su boda, cuando se celebró el matrimonio, él también estaba presente. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe.

El día de su boda, cuando se celebró el matrimonio...

El día de su boda, cuando se celebró el matrimonio, él también estaba presente. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe.

El día de su boda, cuando se celebró el matrimonio, él también estaba presente. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe.

El día de su boda, cuando se celebró el matrimonio...

El día de su boda, cuando se celebró el matrimonio, él también estaba presente. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe. Él también estaba presente en el momento en que ella se casó con el príncipe.

Desde entences, y sólo por instinto, Roberto empezó á odiar al conde, suponiéndole autor de las penas que parecían afligir á su esposa.

Sin embargo, cuando empezó á hacer conocimiento en la corte, por la misma María Amalia supo que la casa del conde Massi era citada como un modelo de tranquilidad, y que él y Josepna pasaban por dos esposos cuya conducta era intachable.

Entonces ¿de que provenía aquel disgusto, aquella pena que expresaba el rostro de Josefina?

Más de una vez estuvo Roberto por hablarla á solas en palacio, porque la esposa de Massi no tardó en ser una de las predilectas de la joven reina.

Pero le contuvo el temor de remover aquellas cenizas, entre las que indudablemente habia brasas.

Por lo tanto, la condesa y el doctor pasaron como dos desconocidos: nadie diría, al ver su cortés indiferencia, que se habían amado entrañablemente.

---

En Agosto de 1759 se recibió en Nápoles la noticia de la muerte de Fernando VI de España.

Por no dejar sucesión recayó la corona de Castilla en Carlos, su hermano paterno y el mayor de los hijos de Felipe V y de Isabel Farnesio, que fué proclamado en Madrid.

Inmediatamente tomó el título de rey de España,



nombrando á su madre para la regencia hasta su vuelta.

El principal asunto que le ocupó fue nombrar heredero para el trono de Nápoles.

Su primogénito Felipe no podía serlo, pues, víctima de fuertes ataques de epilepsia, fué declarada su nulidad por los médicos.

Designó á su segundo hijo Carlos como futuro sucesor del trono de España, resolviendo dejar el de Nápoles y Sicilia á su hijo tercero Fernando.

La ceremonia que se celebró en Octubre del mismo año, fué solemne.

Terminado qué fué, dirigióse con su esposa y algunos personajes de su corte, que debían seguirle á España, al puerto, donde le esperaba una escuadra de diez y seis navíos de línea y algunas fragatas, al mando del primer marqués de la Victoria, don Juan José Navarro.

El amor de los súbditos que dejaba le acompañó hasta el momento del embarque.

Según dice un historiador italiano, "todo el pueblo, grandes, pequeños, hombres, mujeres, niños, jóvenes y ancianos, de toda edad, condición y sexo, estaban en la ribera, para ser testigos oculares de la partida de su amado dueño, y pocos eran los que podían contener las lágrimas de dolor al ver que se les ausentaba...."

No hay que decir si Roberto Estrañi formaría parte del cortejo.

Al pronto vió este cambio con alegría, creyendo que los condes de Massi permanecerían en Nápoles.

Pero la fatalidad no quería separarle de Josefina.

Su esposo privaba con el monarca, y partieron también para España.

FIN DEL TOMO PRIMERO





# INDICE

## DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

---

<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas.</u>
I..... Entre dos deberes.....	5
II..... La abnegación de una madre y la lealtad de un amigo.....	18
III..... Después del crimen. ....	31
IV..... Opinión de una duquesa y de un marqués, que pu- diera muy bien ser acertada.....	44
V..... . La madre y el hijo.....	56
VI..... La plaga de Arévalo.....	68
VII..... El prior de los jerónimos.....	82
VIII..... A pan y agua.....	93
IX..... Olavide y las nuevas colonias.....	105
X..... Castillos en el aire.....	113
XI..... Recursos que da la gula.....	125
XII..... La levadura de Olavide.....	138
XIII..... ¡Con la Inquisición, chitón!.....	150
XIV..... Dónde ménos se piensa... salta una cena.....	161
XV..... Historia de cinco pesos.....	163
XVI... .. El autillo.....	183



<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas</u>
XVII... .. El único remedio... que no es el único.....	196
XVIII..... Donde se sigue un curso de diablología.....	209
XIX..... Historia de una encina.....	221
XX..... En el prado de la Encina.....	231
XXI..... El doctor Estrañi.....	242
XXII... .. A mal enfermo, buen servidor.....	254
XXIII..... Dos consignas opuestas.....	265
XXIV..... La granja de los Tilos.....	276
XXV..... Donde Antonio vuelve á encontrar á su señor.....	288
XXVI..... A medias con el diablo.....	299
XXVII..... Nueve meses en veinticuatro horas.....	313
XXVIII... La tertulia de la reina.....s.....	326
XXIX..... El embajador del diablo.....	337
XXX..... La alegría es á veces el eco del dolor.....	348
XXXI..... Dón Jnan hizo bien en esperar.....	360
XXXII... El principio de una historia.....	372
XXXIII... Un paseo por el mar.....	383
XXXIV... Los primeros hilos de una trama.....	392
XXXV... En donde se ve que la nobleza de la cuna no hace noble el corazón.....	402
XXXVI... Donde Massi se decide á cometer una infamia....	415
XXXVII... Donde se prepara una farsa indigna.....	424
XXXVIII... Donde se representa á perfección la farsa prepa- rada.....	439
XXXIX... Donde prosiguen los intrigas de Massi.....	448
XL..... Dende un hombre honrado cae en la red que le tienden tres bribones.....	457
XLI..... Una revelación que mata muchas ilusiones.....	467
XLII..... La autopsia de un cadáver y la de un corazón....	476



<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas.</u>
XLIII. .... Una despedida triste.....	488
XLIV. .... Un regalo de boda y una anécdota.....	498
XLV. .... En Venecia.....	509
XLVI. .... El enlace.....	519
XLVII. .... El rapto.....	528
XLVIII. .... Revelaciones desgarradoras.....	542
XLIX. .... La babosa y la flor.....	554
L. .... Donde se prepara el desenlace de una trama.....	565
LI. .... El final de una historia.....	578
LII. .... La noche triste.....	589
LIII. .... Por Zúñiga y contra Zúñiga.....	601
LIV. .... En donde Antonio sienta plaza sin pensar en ello.	611
LV. .... Zúñiga en Oriente.....	624
LVI. .... El antifaz.....	635
LVII. .... Eu el Prado de San Fermin.....	644
LVIII. .... Postrimerías.....	654
LIX. .... La vuelta del baile .....	663
LX. .... Recuerdos del harén.....	673
LXI. .... Antonio en busca de una paliza.....	684
LXII. .... La carta.....	695
LXIII. .... Un aviso despreciado.....	704
LXIV. .... ¡Téngase el diablo!.....	715
LXV. .... La burra de Balaam.....	725
LXVI. .... Un fraile de pega.....	738
LXVII. .... Allá se las hayan.....	747
LXVIII. .... La Capitana.....	758
LXIX. .... Un dúo á voces solas.....	769
LXX. .... El final del dúo.....	781
LXXI. .... Reflexiones sobre la longevidad de las canonesas...	793



<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas.</u>
LXXII.... Para obsequiar al obispo.....	805
LXXIII... El juego de los despropósitos.....	816
LXXIV... El movimiento continuo en el siglo XVIII.....	827
LXXV.... De cómo Antonio desconfiaba de los que le reci- bían bien.....	837
LXXVI... Preparativos de caza.....	848
LXXVII.. El combate.....	859
LXXVIII.. De cómo Mucio Scévola tuvo envidia á los de Arévalo.....	869
LXXIX... Cómo una canonesa desheredó á un conde.....	881
LXXX... ¡Pliegos para el ministro!.....	892
LXXXI... Antonio reconoce la ingratitud de los ministros...	903
LXXXII.. Con la tapia por medio.....	915
LXXXIII.. ¡En nombre del santo Oficio!.....	927
LXXXIV.. Un loco y una mártir.....	939
LXXXV.. Conclusión del anterior.....	941
LXXXVI.. Primer paso en el vacío.....	962
LXXXVII.. La rueda de la fortuna.....	972
LXXXVIII En el que se habla de una sortija y de maese Ve- nius.....	983
LXXXIX.. En el que se habla un poco de Cervantes y de Don Quijote.....	993
XC..... Juan Jorge Sorrentini.....	1004
XCI..... Il signor marchesse de Spoleto.....	1013
XCVI... Continuación del anterior.....	1026
XCVII... La esclava mora.....	1038
XCVIII... «¡Eureka!».....	1050
XCVI... La bayadera.....	1063
XCVI... Efectos de la intemperancia..., ó de otra cosa.....	1074

<u>Capítulos.</u>	<u>Páginas.</u>
XCVII.... En pleno Oriente.....	1087
XCVIII... En preparación de las fiestas de Ramadán.....	1099
XCIX.... Un sainete con final del drama.....	1110
C..... El cordón negro.....	1122
CI..... Haxima-Federica.....	1135
CII..... En Nápoles y en Madrid.....	1150

FIN DEL ÍNDICE





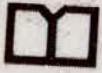












Biblioteca Regional  
de Madrid Joaquín Leguina



\*1479792\*